

CAPÍTULO III.

CONSTANCIA DE COLON.—RIGORES DE LA TEMPESTAD, ESTRAGOS DEL MAR.—BORRASCA OCEÁNICA, RELÁMPAGOS GLOBULARES, TROMBA MARINA.—CRISTÓBAL COLON AGONIZANTE, REANIMADO POR LOS GRITOS DE HORROR DE LAS TRIPULACIONES, INVOCA AL SEÑOR Y CONJURA LA TROMBA.—PASA EL TIFON POR ENTRE LAS CUATRO CARABELAS Y SE DISIPA Á LO LÉJOS.—APARICION DE MAL AGÜERO.—GRUPOS DE TIBURONES RODEAN Y SIGUEN Á LAS EMBARCACIONES.—CORRUPCION DE LOS VÍVERES.—PADECIMIENTOS DE LOS MARINEROS.—EL ALMIRANTE ENTRA EN EL RÍO DE BETHLEEM, CERCA DEL RÍO DE VERAGUA.—RELACIONES DE LOS ESPAÑOLES CON LOS NATURALES.—SU JEFE PROYECTA ANIQUILAR Á LOS EXTRANJEROS.—EL ADELANTADO SE APODERA DE ÉL EN MEDIO DE SUS HORDAS, Y PRENDE Á SUS OFICIALES Y SERVIDORES.

§ I.

Continuaban soplando furiosamente vientos contrarios. Cuatro meses hacia ya, exceptuados muy pocos días, cuando se hallaban cerca del cabo *Gracias á Dios*; los vientos contrarios, las lluvias torrenciales y la intemperie, habían agotado las fuerzas y el valor de las tripulaciones, ocasionando su desmoralización. Los capitanes y oficiales lo mismo que los grumetes, pedían volver directamente á España. El Almirante, cuya resolución no se quebrantó jamás ante los obstáculos, acabó, sin embargo, por concebir dudas acerca de la exactitud de sus cálculos respecto á la situación del Estrecho que buscaba. Comprendió que, á pesar de las probabilidades de sus conjeturas, aquel paso abierto por la Naturaleza podía estar situado mucho más al Mediodía, hacia aquellas tierras que él había dicho que existían en la porción austral del globo. Teniendo en cuenta, además de esto, la escasez de personal en que se hallaba, las municiones averiadas y el mal estado de sus buques, resolvió retroceder é ir á visitar las minas de oro del Veragua, de las cuales le habían dado noticias fabulosas.

El lunes, 5 de diciembre, salió del puerto *El Retrete*, y navegó hacia el Oeste, con intención de llegar á Veragua. Llegaron á *Puerto Bello*, y allí pasaron la

noche. El día siguiente, á pesar del viento contrario, continuaron el camino; pero el viento saltó muy pronto al Este. ¡Este era por fin el viento deseado, el que el Almirante había aguardado por espacio de tres meses! Por un momento estuvo tentado de aprovecharse de él, á pesar del estado de sus buques; sin embargo, su instinto le hizo abandonar tan pérfida tentación. Efectivamente, no bien llevaban andadas cuatro leguas, cuando continuas rachas impidieron seguir un derrotero fijo. Vióse, pues, obligado Colon á volver á *Puerto Bello* para esperar allí la vuelta de la calma, pero en el mismo momento de entrar en el puerto, rechazóle mar adentro una violenta borrasca. Las olas eran tan altas y tan violentas las sacudidas que ya no se podía gobernar los buques. Enfermó otra vez, abriósele de nuevo una de sus antiguas heridas, y durante nueve días, se perdió toda esperanza de conservarle la vida (1). Los vientos contrarios y variables impedían á la escuadrilla entrar en ningún puerto y el hacerse mar adentro. De esta manera se encontraban las carabelas combatidas sin misericordia, entre el peligro de quedar sumergidas y el de estrellarse en los escollos, que la efervescencia del agua no permitía distinguir.

Y sin embargo, aquellos marinos, los pilotos de la expedición que pensaban haber agotado en aquella campaña todos los rigores del mar, no habían sufrido nunca todavía una verdadera borrasca oceánica. Sábese hoy que, bajo las latitudes intertropicales, en las aguas de la gran corriente ecuatorial, los fenómenos meteorológicos alcanzan un grado de violencia, esplendor y majestad que no se conocen en nuestras regiones. Á veces la línea recorrida por los relámpagos atraviesa todo el horizonte; los ecos del trueno retumban con espantoso estruendo; el alcance de las olas excede toda ponderación y el Océano manifiesta su poder formidable y grandioso.

Las cuatro carabelas, juguete de los vientos, ora se veían elevadas en la cima de las olas convertidas en montañas, ora precipitadas á los sombríos abismos abiertos en su base: «jamás se vió el mar tan alto, tan horrible y de tal manera cubierto de espuma (2).» Nubes rojizas, preñadas de rayos oscurecían el cielo, el aire era pesado y sofocante. El rayo rasgaba á cada momento aquel velo amenazador é inflamaba el horizonte cargado de electricidad. La vista no podía sostener la claridad de aquel continuo relampagueo y los marineros cerraban los ojos para no verlo (3). La atmósfera parecía estar inflamada; las sacudidas de las naves por la violencia de las olas hacían gemir sus cuernas: á cada instante creían verlas abrirse y sumergirse en los abismos. El color sanguinolento de las

(1) Cristóbal Colon, *Carta á los Reyes Católicos, escrita en Jamáica el día 7 de julio de 1503.*

(2) «Ojos nunca vieron la mar tan alta, fea y hecha espuma.»—*Cuarto y último viaje de Colon.*

(3) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xciv.

nubes se reflejaba en el matiz rojo de «aquel mar que parecía ser de sangre, y hervía como una caldera calentada por una inmensa hoguera. Nunca se había visto el cielo con tan espantoso cariz, y ardió un día y una noche como si fuera un horno (1).» Por espacio de veinticuatro horas se respiró fuego. Sin interrupción se sucedían relámpagos globulares cuya fulguración duraba varios segundos, y era tan vivo el ardor de su foco, que, á cada momento, á pesar de su postración, se incorporaba el Almirante en su lecho para ver si se mantenían ó no en su puesto sus palos y sus velas.

Y sin embargo no era aquel el mayor peligro.

El rayo rasgaba á cada momento los aires, el fuego del cielo caía al rededor de las carabelas, que, separadas y envueltas en los movedizos abismos del mar, habían dejado de divisarse mutuamente. Á las continuas detonaciones, creía cada una de las carabelas que las otras disparaban toda su artillería para pedir auxilio en el momento de sumergirse (2). Aquella incandescencia no disminuyó durante la noche. La fosforescencia de las olas y las chispas que brotaban á cada rompiente del agua mantenían una claridad pálida, que desmayaba con la súbita iluminación de los relámpagos.

En medio de todos esos desórdenes de la naturaleza, caía la lluvia en grandes gotas y en aguaceros impetuosos. Finalmente cesó la tempestad y prevaleció la lluvia, que caía sin interrupción, «y tan espesa que parecía que la derramaban del cielo á cántaros (3).» El agua no cesó de caer durante largo tiempo: «aquello no puede llamarse lluvia, era como otro diluvio. Las tripulaciones se hallaban ya tan cansadas, que deseaban la muerte, para verse libres de tantos males (4).» Parece que extenuado entónces el padre Alejandro por los padecimientos que le ocasionaban aquellas continuadas borrascas, sucumbió á consecuencia de la extenuación. Resulta de esto que el primer sacerdote muerto en las inmensidades del Océano en las fatigas del apostolado, fué un Franciscano: las gloriosas primicias de tal muerte parecían debidas legítimamente á la orden seráfica.

Una de las carabelas fué arrastrada á lo lejos durante aquellos temporales oceánicos. Había logrado echar un ancla y sostenerse; pero una racha se llevó el bote de los oficiales, y la tripulación, para no perecer, debió cortar el cable apresuradamente (5). Por espacio de tres días fué el juguete de las olas. En

(1) Allí me detenía en la mar fecha sangre, herbiendo como caldera por gran fuego. El cielo jamás fué visto tan espantoso. Un día con la noche ardió como forno.»—*Cuarto y último viaje de Colon.*

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint Domingue*, liv. IV, pag. 241, in-4.

(3) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.ª, lib. V, cap. ix.

(4) Cristóbal Colon. — «La gente estaba ya tan molida que deseaban la muerte para salir de tantos martirios.»—*Cuarto y último viaje de Colon.*

(5) Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xciv.

medio de las convulsiones de la naturaleza, los marinos padecían mucho del mareo: el insomnio, la fatiga, el temor, habían acabado por sumirles en triste abatimiento: «los navíos ya habían perdido dos veces las lanchas, anclas, amarras, estaban abiertos, y no tenían velas (1).» La inevitable consecuencia del estado en que se hallaban era el naufragio. Sólo una cosa puede sorprendernos: «que aquellas embarcaciones en las que no se veía seguridad en un mar tranquilo, resistieran por tan largo tiempo una agitación tan rara (2).»

Sin embargo, á pesar de los estragos de la atmósfera y de la gran furia del Océano, después de tantos peligros, no había llegado aún el mayor peligro; una nueva y terrible prueba estaba reservada á aquellos desdichados.

El martes, 13 de diciembre de 1502, mientras que el Almirante agonizaba en su lecho de dolores, las carabelas repitieron, casi instantáneamente, un grito desgarrador salido de una de ellas. Aquel grito de desesperación resonó hasta en el alma del moribundo, que se estremeció y entreabrió los ojos.

Algo horrible pasaba á la vista de todos.

En un punto del espacio agitado por un movimiento giratorio, hinchábase el mar con todas las olas que atraía hacia aquel centro, y se alzaba como una sola montaña, mientras que descendiendo montones de nubes negras á manera de un cono inverso, se prolongaban hacia el remolino marino que se levantaba alborotado cuando se aproximaban, como si quisiera reunirsele. Aquellos dos fenómenos del mar y de la atmósfera se unieron repentinamente con espantoso abrazo y se confundieron á manera de una X que diera vueltas al rededor de su propio eje. Era, dice el historiador de Santo Domingo, «una de aquellas bombas ó trombas marinas, que los marinos llaman *fronks*, tan poco conocidas en aquella época, y que después han sumergido tantos buques (3).» Un áspero silbido precedía al soplo fatal que empujaba hacia las carabelas aquel espanto sin nombre entonces en nuestras lenguas. Ese género de tromba es la más horrible manifestación de esa tempestad infernal á la que el Oriente dió el mismo nombre del espíritu del mal: *tifon*. ¡Ay de las embarcaciones que encuentra á su paso!

El grande hombre se había reanimado al grito de angustia que hirió su corazón. Ante la inminencia de la destrucción, se levanta, recobra su antiguo vigor, y sale de su camarote, para medir por de pronto el peligro. También vió él la mole formidable que se aproximaba. El mar estaba trasegado hacia el cielo. Ante el fenómeno desconocido, no vió ningún remedio: el arte era inútil, la ciencia impotente; además, era imposible gobernar.

(1) «Los navíos ya habían perdido dos veces las barcas, anclas, cuerdas, y estaban abiertos, sin velas.»—*Cuarto y último viaje de Colon*.

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, liv. IV, p. 241, in-4.

(3) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, liv. IV, p. 241, in-4.

Al punto sospechó Colon en aquella horrible manifestación de las fuerzas de la naturaleza alguna maniobra satánica. Él no podía conjurar las potestades de la atmósfera según los ritos de la Iglesia, por temor de usurpar las facultades del sacerdocio; pero se acordó de que era el jefe de una expedición cristiana; que su objeto era santo, y á su manera quiso intimar al espíritu de las tinieblas que le franqueara paso. Mandó encender en seguida cirios benditos en los faroles y enarbolar el estandarte real de la expedición; ciñóse su espada sobre el cordón de San Francisco; tomó en sus manos el libro de los Evangelios; y de pie, frente de la tromba que se aproximaba, le notificó la sublime afirmación que encabeza el Evangelio del discípulo muy amado de Jesús, San Juan, el hijo adoptivo de la Virgen.

Esforzándose por dominar con su voz el ruido de la tempestad, declaró al *tifon* que: En el principio era el Verbo, que el Verbo era con Dios, y que el Verbo era Dios. Que todas las cosas fueron hechas por él: y nada de lo que fué hecho, se hizo sin él; que en él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres; la luz resplandece en las tinieblas; mas las tinieblas no la comprendieron; que el mundo que fué hecho por él no le conoció; vino para su bien y los suyos no le recibieron; pero que dió á los que creen en su nombre, y no han nacido de la sangre, ni de la carne, ni de la voluntad del hombre, el poder de ser hechos hijos de Dios; y que el VERBO FUÉ HECHO CARNE, y habitó entre nosotros.

Entonces, de orden del Verbo divino, Redentor nuestro, cuya palabra calmaba los vientos y apaciguaba los mares, manda imperiosamente Cristóbal Colon á la tromba que no haga ningún daño á los que, hechos hijos de Dios, van á llevar la cruz á los extremos de las naciones, y navegan en el nombre tres veces santo de la Trinidad. Después, desenvainando su espada, lleno de ardiente fe, forma en el aire con el filo de la espada la señal de la cruz, en cuyo rededor describe un círculo, como si realmente hubiese querido cortar la tromba (1). Y efectivamente, ¡cosa prodigiosa! la tromba, que caminaba hacia las carabelas, atrayendo las olas con negra efervescencia y horribles remolinos, pareció empujada oblicuamente, pasó por en medio de los buques medio anegados por la revuelta de las olas, se alejó rugiendo, dislocada, y fué á perderse en la tumultuosa inmensidad de las llanuras atlánticas (2).

Esta súbita retirada del fenómeno destructor pareció al Almirante un

(1) De aquí proviene la idea difundida primeramente entre los marinos, de que se libraban ó preservaban de la tromba cortándola con un sable y el Evangelio de San Juan. El provenzal Cotelendy recuerda cándidamente esta creencia en su traducción de la vida de Cristóbal Colon. En una nota marginal dice hablando de la tromba, «se preserva de ella cortándola con un cuchillo y el Evangelio de San Juan.»—*La vie de Cristofle Colomb*, 2.^e partie, chap. xxxii.—En 12^o, en casa de Claudio Barbin, 1681.

(2) Las Casas, *Historia de las Indias*, lib. II, cap. xxiv, Ms.

nuevo favor de su Divina Majestad. «Creyeron deber su salvacion á la virtud divina (1).»

«La misma piedad que le había hecho acudir á Dios para que le preservara, no le permitió dudar de que le era deudor de su salvacion en aquella circunstancia (2).» El hecho es que la tromba pasó cerca del buque del Almirante; que por falta de medios náuticos de librarse de ella, recitó el comienzo del Evangelio de San Juan, hizo con su espada la señal de cortarla (3), y que se alejó rota, destrozada, y se desvaneció á lo lejos.

En la imposibilidad de objetar nada contra la autoridad del hecho, y para debilitar el efecto de ese milagroso suceso, el protestante Washington Irving atribuye á una resolucion colectiva de las tripulaciones la obra de la inspiracion de Colon, y dice: «Desesperados los marinos al ver la tromba que adelantaba contra ellos, conociendo que ningun esfuerzo humano podía desviar aquel peligro, se pusieron á recitar unos pasajes de San Juan el Evangelista. La tromba pasó entre los buques sin hacerles ningun mal, y los marineros, temblando de piés á cabeza, atribuyeron su salvacion á la milagrosa eficacia de las palabras de la Biblia (4).»

En vano intenta Washington Irving quitar con este plural la iniciativa espontánea de Colon, y hacer que desaparezca la accion propia del admirador del autor de la creacion; intrínsecamente protesta el hecho mismo contra esa desfiguracion de la historia, y le opone imposibilidades materiales y morales. ¿Cómo podían las carabelas convenir en un medio de combatir la tromba separadas como estaban por aquella horrible agitacion del mar, pudiendo apenas divisarse una á otra por entre el vapor de agua, los glóbulos de espuma que llenaban el aire, y mucho ménos aún oírse distintamente? ¿Cómo podían ponerse de acuerdo acerca de la eleccion del Evangelista, é indicarse los pasajes juzgados capaces de conjurar el peligro? ¿Por ventura permitía el tiempo necesario para deliberar en su rápido curso el espantoso torbellino? ¿Cómo, y de quién podían tomar consejo? Además, en ninguna de las cuatro carabelas tenían los marineros ningun ejemplar del Antiguo ni del Nuevo Testamento. Sólo con el protestantismo se introdujo en el pueblo el uso de las Biblias, y hasta ahora no lo ha adoptado la España. Completamente ignorante Washington Irving del dogma católico, no sabe que en Castilla

(1) Herrera, *Historia general de los viajes y conquistas de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.ª, lib. V, cap. ix.

(2) El P. Charlevoix, *Histoire de Saint-Domingue*, liv. IV, p. 242.

(3) «Manica che il martedì á 13 di decembre passo fra i navigli, la guale se non tagliavano dicendo l'Evangelio di san Giovanni, non é dubbio che annegava chimaque volto ella havesse»—Fernando Colombo, *Vita dell' Ammiraglio*, cap. xciv.

(4) Washington Irving, *Historia de Cristóbal Colon*, lib. XV, cap. vi, tom. III, pág. 211.

nadie tenía una fe supersticiosa en el poder del texto sagrado, ni en su eficacia taumaturga. No comprende que ningun piloto habría tenido por inspiracion propia aquella súbita perspicacia, ni concebido un expediente tan particularmente ajeno á la náutica, y al propio tiempo tan atrevido bajo el punto de vista de las atribuciones espirituales. Todo lo más, habrían intentado el rezo de algunas preces de la liturgia destinadas á alejar las tempestades. Para acudir á las palabras del discipulo muy amado, escoger aquella sublime declaracion del que da testimonio del Verbo, era preciso estar personalmente muy iniciado en los esplendores del conocimiento divino, encontrarse casi á la altura de aquella intuicion sobrehumana, merecer la proteccion celestial, ser grato á los ojos del Señor, en una palabra, llamarse Cristóbal Colon. Toda alma católica pensará como nosotros, y ninguna persona juiciosa creará en el plural verdaderamente inadmisibile de Washington Irving. El milagro no se obra por lo general colectivamente.

§ II.

Luégo que hubo desaparecido la tromba, se moderó la furia de las olas y se sosegó el mar: poco á poco pareció tranquilizarse la cólera del Océano; calmaron los vientos; hubo una especie de pacificacion.

Los marineros, enfermos la mayor parte, estaban abrumados, y eran ya incapaces de practicar ninguna maniobra. Considerando el historiador Herrera aquellos trabajos, que ninguna constitucion podría resistir, mira aquella calma como un acto de la misericordia divina. Dice positivamente que Dios se la concedió, para conservarles la vida (1). Aquella bonanza les dió un reposo saludable; pero para reparar sus fuerzas, no tenían más que viveres corrompidos é insuficientes.

Á pesar de la calma de la atmósfera, no reaparecía en el cielo la serenidad. El horizonte continuaba triste. La superficie verdosa de las aguas, en la que aparecía acá y acullá alguna que otra negra aleta de algun tiburón, reflejaba la pálida luz del cielo. De pronto, los tiburones, esos tigres del Océano, á pesar de viajar ordinariamente aislados como si se sintieran convidados á una segura presa, se presentaron en tan crecido número al rededor de las carabelas, que su reunion pareció un funesto presagio á los marineros; pero el Almirante reanimó el valor de sus oficiales. Como que carecían de viveres frescos, cebaron los garfios con

(1) Herrera, *Historia general de las conquistas y viajes de los Castellanos en las Indias occidentales*. Década 1.ª, lib. V, cap. ix.